

PILAR CALVEIRO*

LOS USOS POLÍTICOS DE LA MEMORIA

LAS RECONFIGURACIONES DEL PODER en América Latina se inscriben en una reorganización de la hegemonía mundial. Si bien esta afirmación puede ser ampliamente validada como parte del sentido común de nuestro tiempo, al hablar de hegemonía no necesariamente se hace referencia al mismo fenómeno. Quiero partir, por lo tanto, de una precisión de este concepto, de uso frecuente y de contenidos ambiguos.

Desde la Antigüedad, la hegemonía se vinculó con un poder supremo capaz de tomar decisiones políticas e imponerlas gracias a una superioridad económica y militar, pero también gracias a la capacidad de establecer un modelo culturalmente válido. La hegemonía se consideraba, por lo tanto, “un poder de hecho, que dentro del *continuum* influjo/dominio ocupa[ba] una posición intermedia, que oscila[ba] unas veces hacia un polo y otras veces hacia el otro” (Bobbio, 1981: 772). Se reconocía, pues, una doble dimensión de los procesos hegemónicos que incorporaba la fuerza y el reconocimiento. Tiempo después, los pensadores del Risorgimento no sólo reconocían sino que resaltaban la legitimidad moral y civil de la hegemonía por sobre la supremacía

* Profesora e Investigadora de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

político-militar. Por fin en el siglo XX, Antonio Gramsci rescató esta idea de la hegemonía como un problema vinculado ciertamente a la fuerza pero sobre todo al consenso, a la adhesión social hacia un determinado sistema de valores y a una concepción del mundo en que la ideología desempeña un papel fundamental. Desde su punto de vista, la clase dominante no sólo dominaba por la fuerza sino porque ofrecía una concepción del mundo creíble y aceptable que presentaba su dominio como *natural*, necesario y conveniente para el interés general. Así, la hegemonía se diferencia del simple dominio porque la dirección económica y política de la sociedad se amplía como dirección moral e intelectual, haciendo viable el dominio. La hegemonía organiza tanto la coerción necesaria para mantener un poder como el consenso que lo hace creíble y culturalmente aceptable. En otros términos, el dominio sin hegemonía, la fuerza sin consenso y discurso legitimador, no serían viables; la hegemonía garantiza esta conjunción que conjuga la fuerza, el engaño, la prescindencia, y los consensos pasivos o activos; no es sólo fuerza sino sobre todo legitimación de esa fuerza, como núcleo del Estado, como “hegemonía revestida de coerción” (Gramsci, 1975: 165).

El concepto de hegemonía que se utilizará en este trabajo no se refiere a la exclusiva capacidad de dirección basada en la influencia económica o el poder de la fuerza sino a esta articulación entre la capacidad coercitiva y la posibilidad de establecer consensos, visiones del mundo “aceptables”, explicaciones válidas, de manera que la hegemonía no toca sólo a las instancias organizadoras del poder social, como el Estado, sino que penetra profundamente en las visiones del mundo aceptables y aceptadas por la sociedad en su conjunto o, por lo menos, por capas mayoritarias de la misma. Así, hablar de reconfiguraciones hegemónicas no es hablar de movimientos *en la cúpula* sino de transformaciones profundas en las percepciones y los imaginarios sociales; no involucra exclusivamente a los centros de poder sino a las sociedades en las que estos se sustentan.

La reorganización hegemónica en curso no es ajena a estas consideraciones. Estamos transitando de un modelo bipolar a otro global, ambos con un fuerte componente autoritario. Este tránsito involucra un uso extraordinario de la violencia pero que no ocurre de manera aislada sino que se articula con una construcción diferente de lo político, lo social y lo subjetivo. En consecuencia, las formas específicas que asume la violencia no son fortuitas sino que tienen correspondencia con la forma de organización del poder político, las representaciones sociales y los valores vigentes que la hacen aceptable. Por ello, al analizar las formas de la violencia como estructuradoras de un sistema hegemónico, se las considera como indicadores de las características de una forma específica de organización del poder, que permite hurgar en sus rasgos más visibles y también en los más íntimos; y una práctica que,

realizándose desde los estados, se *sostiene* y *normaliza* en el seno de la sociedad, gracias a las distintas dimensiones de la hegemonía.

Como todo proceso histórico, la actual reconfiguración hegemónica reconoce rupturas con respecto al pasado más o menos inmediato, pero también continuidades, que es preciso establecer. En este tránsito, la memoria juega un papel de puente o *gozne*, *cargando* tanto el pasado como el presente, *contaminando* uno con otro y atribuyéndoles significaciones *extrañas* que dificultan la explicación de ambos. Por lo tanto, trataré de esbozar las características principales de ambos momentos –siguiendo el hilo de la violencia estatal como parte de un complejo hegemónico– y sus diferencias, para analizar cuál es el papel de la memoria y sus usos políticos en el tránsito de una configuración hegemónica a otra.

BIPOLARIDAD

El concepto de bipolaridad se utiliza para hacer referencia a un fenómeno específico: la organización del mundo a partir de la segunda posguerra. No obstante, la idea de un mundo dividido en dos, antagónicos y excluyentes, se fue gestando desde antes y estuvo presente en los proyectos totalitarios previos a la Segunda Guerra. Incluso desde la Primera, verdadero parteaguas en la historia de Europa, se hizo patente la voluntad de exterminio de *los otros*. Los países que intervinieron en el conflicto se enfrentaron entre sí en una guerra masiva, que ocasionó la muerte de 1,8 millones de soldados alemanes, 1,6 millones de franceses, 800 mil británicos y 116 mil americanos (Hobsbawm, 2001: 34), pero sobre todo, de muchos millones de civiles, inaugurando así las grandes matanzas del siglo XX, que afectaron sobre todo a población indefensa. También fue entonces (y no en la Segunda Guerra) cuando se inició la práctica del genocidio –máxima expresión del pensamiento binario como voluntad de exterminar a un pueblo en tanto tal, como Otro sobrante e innecesario–, con el asesinato de 1,5 millones de armenios por parte de los turcos.

Ya en la Segunda Guerra, la proporción de las bajas civiles con respecto a las militares se incrementó notablemente produciendo entre tres y cinco veces más muertos que en la Primera, por lo cual se estima que murieron 59 millones de personas. Es importante resaltar que la mayor parte de estas pertenecía a los países perdedores, ya que las potencias ganadoras sufrieron menos bajas que en la Primera Guerra, lo que denota los principios de indiscriminación pero, a la vez, de “selectividad” de la matanza. Se exterminó a una vastísima población, que incluía a los grupos considerados “sobrantes” en la sociedad europea –en particular judíos y gitanos–, mediante el desarrollo de tecnologías de exterminio masivas y eficientes, como medio de garantizarlo. Enzo

Traverso considera la “guerra total como laboratorio del totalitarismo” (Traverso, 2003), asociando de manera directa ambos fenómenos. Fue en ese contexto que se organizaron los campos de concentración como maquinarias de muerte serial y masiva. Auschwitz se constituyó así en la figura paradigmática de la exclusión de una parte de la humanidad considerada sobrante, para extraer de ella todo lo valioso y todo lo utilizable, desechando luego los cuerpos como cascarones vacíos, y haciéndolos desaparecer sin dejar huella.

Para los nazis, el Otro sobrante se identificó racialmente, lo que llevó al asesinato de 5 millones de judíos y 1,5 millones de gitanos –junto a otros *prescindibles-peligrosos* como los homosexuales y los comunistas.

Para los estalinistas, en cambio, el Otro se construyó políticamente como el *disidente*, figura a la que se agregaron también una serie de otros, disfuncionales para el proyecto estatal. “A las víctimas del Primer Plan Quinquenal (1928-1933) estimadas entre nueve y doce millones, es necesario añadir las víctimas de la Gran Purga –se calcula que fueron ejecutadas tres millones de personas y detenidas y deportadas entre cinco y nueve millones” (Arendt, 1981: 465).

Esta forma de organización de lo represivo en torno al modelo concentracionario pone de manifiesto el *alma* del totalitarismo, como organización binaria del mundo y la sociedad, entre un Uno Estatal y un Otro prescindible y peligroso que *debía* y *merecía* ser destruido. Los rasgos específicos que acompañaron a lo que se podría designar como un *patrón totalitario* fueron: a) la pretensión de dominio mundial, tanto por el nacionalsocialismo alemán como por el comunismo estalinista; b) la penetración del Estado en todos los ámbitos de la vida pública y privada; c) la atomización y masificación de la sociedad, que comprendió una fuerte desorganización de la misma; d) el genocidio, como voluntad estatal de destrucción de grupos completos de personas por su identidad racial, religiosa o política; e) las masacres de masas que denotan la irrelevancia de las personas en relación con los objetivos últimos y *superiores*; f) los campos de concentración como institución represiva del Estado; g) el terror como instrumento de dominio y control social; y h) la alta destructividad hacia los otros pueblos pero también hacia dentro mismo de la sociedad totalitaria.

El hecho que cierra la Segunda Guerra y abre a su vez el período de la Guerra Fría, como *conector* entre ambos momentos, fue el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Si la Primera Guerra *marcó* a las sociedades europeas con una violencia desconocida hasta entonces, y la Segunda las aterrorizó con las experiencias totalitarias, este fin de la Guerra y la entrada triunfal de Estados Unidos como gran ganador de Occidente, abrió paso a un nuevo terror: el terror nuclear.

El horror de Hiroshima no reside en sus 200 mil víctimas –saldo terrible y, sin embargo, insignificante frente a la carnicería de la Segunda Guerra– sino en que abrió la era de un nuevo terror: la posibilidad del holocausto nuclear.

Hiroshima señala la extensión de la lógica binaria a nivel planetario, con el inicio de un mundo bipolar y el ascenso de la hegemonía norteamericana en Occidente. Estados Unidos *marcó* su dominio con una violencia también desconocida hasta entonces, que era a la vez la demostración de su superioridad militar y sobre todo de la decisión de utilizarla para asegurar su supremacía. De hecho ha sido, hasta el presente, el único país que hizo uso del armamento nuclear. Por su parte, el ataque sobre Hiroshima, siendo un hecho completamente *novedoso*, condensó asimismo muchas de las características que habían estado presentes en las dos grandes guerras del siglo: la afectación indiscriminada de la población civil, las masacres tecnológicas, distantes frías e innecesarias y la preservación de la propia fuerza militar a cualquier costo del oponente.

Sobre esta sucesión de terrores, que va de la Primera Guerra a la Segunda y más tarde al inicio de la Guerra Fría, se estructuró la llamada *edad de oro* del mundo occidental. No se puede considerar casual la expresión que se refiere al *holocausto nuclear* como acto de memoria que vincula el intento de exterminio de un pueblo con la posibilidad de exterminio de la especie, terror vigente a lo largo de los años del auge capitalista. La expresión recoge la memoria de una historia que se inscribe como memoria del miedo, como marca que permanece y se “despierta” ante las nuevas amenazas.

Así, paralelamente al florecimiento de las economías de Occidente, la Guerra Fría supuso el manejo de un terror generalizado sobre la humanidad en su conjunto. La división del mundo en dos bandos excluyentes, amenazantes y antagónicos, bajo el esquema amigo-enemigo, señala la persistencia y expansión de una lógica binaria y guerrera, de matriz claramente autoritaria¹.

1 Considero al autoritarismo como un fenómeno estrechamente ligado al totalitarismo, según las características desarrolladas por Teodoro Adorno en *La personalidad autoritaria* (1950). En ese trabajo, Adorno y sus colegas descomponen la *matriz* de relación social en la que se forman los sujetos autoritarios. Esta *matriz* se caracteriza, precisamente, por la construcción de un universo binario, uno de cuyos polos expresa la norma inapelable, impuesta desde un principio de autoridad, supuestamente superior en términos morales e incluso *naturales*; por su parte, el Otro es una agregación de lo que no corresponde a dicha norma. Ese Otro se construye como despreciable y peligroso, lo que avalaría la *necesidad* de destruirlo. Así se pretende explicar la acción violenta en su contra como *preventiva*. Siendo en realidad objeto de la agresión, se invierte la situación y se coloca al Otro en la posición de agresor hipotético o potencial. Es evidente que la matriz autoritaria promueve las prácticas guerreras por su intolerancia hacia toda diferencia, que constantemente intenta eliminar. La violencia y la guerra, en todas sus manifestaciones, ocupan en ella un lugar privilegiado.

No se puede pensar el período de Guerra Fría como una época de paz. Thomas Hobbes decía que “la guerra no consiste solamente en batallar, en el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta de modo suficiente” (1992: 102). Esta voluntad de luchar se expresó, durante la Guerra Fría, no en un enfrentamiento entre las potencias, que las hubiera destruido por su situación de *empate relativo* en el terreno del armamento bélico, sino en el traslado del enfrentamiento hacia el llamado Tercer Mundo. El escenario de la confrontación, así como su costo en vidas humanas, se desplazó hacia los países periféricos, donde las potencias mantuvieron su situación de guerra, disputando zonas de influencia, probando su armamento y haciendo demostración de la potencia relativa de cada bloque. Entre 1945 y 1983 se libraron más de cien conflictos locales, con un costo de entre 19 y 20 millones de muertos (Hobsbawm, 2001: 433), el doble de víctimas que dejó la Primera Guerra, pero ahora sobre población de la periferia, finalmente *prescindente*. Entre estos conflictos, la guerra de Vietnam merece una mención especial por el costo de 2 millones de vidas, por el número de víctimas civiles y, “sobre todo, por ser una intervención extremadamente moderna: basada en una planificación ‘racional’ –con computadoras y un ejército de especialistas– [que] movilizó un armamento sumamente sofisticado [...] la cantidad de bombas y explosivos utilizados en Vietnam fue superior a todo el arsenal empleado en la Segunda Guerra Mundial. Como en el caso de Hiroshima la masacre no fue un fin en sí mismo sino un medio político” (Löwy, 2003: 45).

La persistencia de un enfrentamiento sordo entre los bloques y el desplazamiento de la guerra hacia la periferia no fueron los únicos signos de violencia de esta época. Si bien las potencias de ambos bandos mantuvieron el monopolio nuclear, durante todo el período se dedicaron también a la exportación de armamento ligero y pesado como negocio rentable. Promovieron así la diseminación de la violencia en todo el planeta. Uno y otro bando apoyaron gobiernos, movimientos insurgentes y toda clase de organizaciones que requirieran de su material bélico dando impulso al complejo militar-industrial, como actividad económica altamente rentable y dinámica. Así, ciertas organizaciones terroristas, mafias y organizaciones delincuenciales de diverso tipo resultaron *funcionales* a la acumulación y la prosperidad económica de la *edad de oro*.

A mediados de los años setenta se produjo una oleada de revoluciones y movimientos nacionales, ligados con la crisis de legitimidad de la hegemonía norteamericana que acompañó su derrota en Vietnam. Se trató de movimientos de características diversas, que oscilaron entre proyectos nacionales de corte democrático hasta propuestas más radicales de orientación socialista, comunista o trotskista. Estos tuvieron

una expresión particularmente importante en América Latina y se podrían englobar, genéricamente, en propuestas de corte nacional, popular y socialista, opuestas al modelo que pretendía liderar EE.UU. en el continente. En todos los casos fueron objeto de una cruenta represión, desplegada por los grupos hegemónicos nacionales, pero alentada y propiciada por EE.UU., para impedir su consecución.

Algunos de estos movimientos, inspirados en la Revolución Cubana y en algún sentido a su cobijo, intentaron la vía armada para acceder al control del Estado. Así se organizaron movimientos guerrilleros, tanto urbanos como rurales, en muchos países de América Latina, entre ellos Argentina, Brasil, Colombia, Chile, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, Uruguay, por mencionar algunos.

El uso de las armas, en algunos de estos movimientos, fue deslizando hacia una práctica cada vez más militar que política, fenómeno que se potenció por la represión brutal de la época. Pero la pérdida de la brújula política actuó en contra de los propios movimientos y malogró la posibilidad de mantener y ampliar la alianza de vastos sectores sociales, interesados en ese momento en un proyecto alternativo.

La represión sobre la izquierda en general y sobre los grupos más radicales en particular se produjo al abrigo de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, en virtud de la cual los conflictos nacionales se leían a la luz de la gran confrontación entre Occidente y el mundo socialista, en el contexto de la Guerra Fría. Poco importaba que las luchas nacionales no se orientaran a constituir países alineados con el bloque socialista, como era el caso evidente del peronismo argentino o el del moderadísimo socialismo chileno; el sólo hecho de que no fueran incondicionales del imperio los hacía potencialmente peligrosos.

Así, se abortaron proyectos tan diferentes como el socialista de Salvador Allende, la amplia alianza de la izquierda uruguaya o la Revolución Sandinista, mediante la violencia y el terror, con políticas acordadas entre los grupos de poder latinoamericanos y propiciadas por EE.UU. En el caso del Cono Sur, el Plan Cóndor fue la expresión más clara de esta estrategia, que consistió en la creación de una extraña y gigantesca red, en la que se entrelazaron la DINA chilena, la OCOA uruguaya, la AAA argentina, los servicios paraguayos y brasileños, la P2 italiana, la OAS francesa, grupos fascistas españoles y grupos de cubanos anticastristas (Calloni, 2001).

El Plan Cóndor en el Cono Sur, así como los demás operativos represivos de la época, fueron prácticas de Estado que utilizaron métodos ilegales, por lo que se conocieron, en los países afectados, como *guerras sucias*. Aunque bajo diferentes modalidades, su común denominador fue la desaparición de personas. El genocidio étnico ocurrido en Guatemala o el genocidio político perpetrado en Argentina, aunque menores en números absolutos –y este es un hecho sin duda relevante– ponen de

manifiesto lógicas *resonantes* con las experiencias totales del siglo XX y se utilizaron, de igual manera, para diseminar el terror y paralizar a sociedades conflictivas y resistentes. Cabe señalar que no estuvieron ausentes de la experiencia latinoamericana los campos de concentración-exterminio de los que existe registro tanto en el caso argentino como en el paraguayo. En América Latina, el Otro a eliminar se construyó como otro político, caracterizado como subversivo. Bajo esta denominación se asimiló a una serie de otros: todos aquellos que representarían una alternativa para el proyecto hegemónico norteamericano. Así se eliminó a una generación de dirigentes políticos, sociales, sindicales, militares nacionalistas, sacerdotes progresistas, intelectuales alternativos, descabezando, desarticulando, vaciando las sociedades que se intentaba penetrar y controlar.

Las guerras sucias no fueron más que unas *guerras* parciales dentro de otra guerra más amplia, la Guerra Fría. No es que unas fueran realmente subsidiarias de la otra sino que EE.UU., para ganar su guerra, la guerra planetaria, debía asegurar el control hemisférico desterrando cualquier proyecto político que no le asegurara el control total de *su* América. Tanto la aplicación del Plan Cóndor en el Cono Sur como las guerras de Centroamérica en los años ochenta pueden entenderse en este contexto, lo que hace pertinente hablar de derrota, o de una sucesión de derrotas, de proyectos muy distintos entre sí, pero todos ellos alternativos. Las circunstancias internas de cada uno fueron decisivas pero no se puede desconocer que todas formaron parte de algo más general: guerras dentro de otra guerra de corte global; derrotas dentro de otra derrota, en el marco de una reorganización hegemónica que implicó nuevos papeles para los países de la región, para sus elites dirigentes e incluso para sus Fuerzas Armadas.

La nueva fase de acumulación capitalista requería liberar a la economía de las cargas del Estado social, que entró en franca crisis durante los años ochenta. Para ello era preciso ganar la Guerra Fría y deshacerse de un modelo en competencia con la lógica de acumulación capitalista que, para colmo, imponía fronteras territoriales a la expansión de los mercados. Pero el primer paso en este combate debía ser un control hemisférico indiscutible. Si EE.UU. perdía en este terreno no podría liderar la nueva era global. Es por ello que eliminar cualquier alternativa a su hegemonía continental se convirtió en un hecho crucial. Ganar la *guerra sucia* fue una precondition para tener posibilidad en la nueva fase de acumulación. Así fue que se invirtieron todos los recursos necesarios para asegurar la derrota de cualquier proyecto alternativo en América, una derrota que fue no sólo militar sino también política.

Se selló entonces el triunfo de una nueva forma de organización nacional, acorde con la reorganización hegemónica global, que pasó por *el vaciamiento de las economías* con la implantación del modelo neoli-

beral, *el vaciamiento de la política* con la implantación de la *democracia* vertical y autoritaria, producto de la eliminación de todas las formas de organización y liderazgo alternativos y *el vaciamiento del sentido* mismo de la nación y de la identidad latinoamericana con la implantación de nuevas coordenadas de sentido individualistas y apolíticas. Tal vez sea por esta situación de *victoria* previa a la gran victoria que abriría definitivamente el proceso globalizador, que el neoliberalismo, como nuevo modelo de recambio económico, se introdujo de manera tan temprana en América Latina (1973 en Chile, 1976 en Argentina).

Así pues, la Guerra Fría en el ámbito internacional y la Guerra Sucia en el hemisférico, fueron procesos de mutua correspondencia. De ambas guerras resultaron ganadores y perdedores, pero es preciso señalar que la derrota militar y política de los proyectos alternativos latinoamericanos se obtuvo en el contexto de políticas de terror que *marcaron* profundamente las sociedades de nuestros países para inducirlos a la inmovilidad y la obediencia. Se grabó en ellas el miedo y la impunidad del Estado como señal que permanece visible, que se puede reconocer y que convoca, simultáneamente a la parálisis y, en ciertos sectores, a la resistencia.

Estos *procesos guerreros* se asentaron y se convalidaron en sociedades autoritarias, que los sostuvieron y padecieron a la vez. La lógica binaria, como eje de un mundo bipolar, no fue exclusiva de los estados sino que penetró en los grupos opositores, en las sociedades y en las mentes, estructurando buena parte de la política y las representaciones del período. Se trata de una organización de la hegemonía y la contrahegemonía basada en la estructuración del mundo y la sociedad en dos partes excluyentes y antagónicas. De un lado el Estado, como instancia de homogeneización y aglutinamiento social; enfrente suyo y como Otro construido por el propio Estado, la agregación de los numerosos otros discordantes y supuestamente amenazadores, que es *preciso* destruir para salvaguardar la nación. Según este esquema se organiza la sociedad y la política desde la perspectiva de la necesidad de control y apropiación del Estado –asociado con la nación– y se estructura la lucha política bajo los ejes amigo-enemigo, donde cualquier conciliación es traición, y donde ambos campos operan por su homogeneización interna y la eliminación de la diferencia, entendida siempre como amenaza. El objetivo es el acuerdo, el consenso y la unidad para eliminar el disenso interno y vencer así al enemigo, que está *en la vereda de enfrente*. Se puede tratar de una política de masas o de elites pero, en ambos casos, ya sea para reivindicar a la masa o para excluirla, comprende a la sociedad. Desde este punto de vista, vanguardia y elite pueden entenderse como conceptos simétricos aunque de sentidos inversos. Una pretende incorporar a la masa con su mediación; la otra, excluirla por su incompetencia, pero ambas reivindican para sí mismas una misión

pedagógica sobre el conjunto social. En último término, la visión binaria termina por ser unitaria porque tiende, primero, a unificar todas las diferencias en un otro genérico y amenazador, para luego destruirlo o desaparecerlo. Si bien esta lógica se presenta tanto en la elite como en la vanguardia, su foco de irradiación es –tanto histórica como socialmente– el aparato de un Estado, a la vez, homogéneo y homogeneizante que, para alcanzar esa unificación imposible debe recurrir de manera constante y creciente a la violencia y a la guerra.

GLOBALIZACIÓN Y REORGANIZACIÓN HEGEMÓNICA

El derrumbe de la Unión Soviética, al romper el mundo bipolar, selló la victoria de Occidente y creó la ilusión del *triumfo del bien* inaugurando una aparente hegemonía unipolar, la de EE.UU., reforzada de manera constante por su creciente despliegue militar. Sin embargo, hasta qué punto se puede hablar de dicha hegemonía, considerando que ella “presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se [la] ejerce” (Gramsci, 1975: 55), y que debe ostentar un proyecto económico, político y moral, capaz de ser asumido como propio por las fuerzas que lidera.

En el caso norteamericano, los economistas señalan una serie de “luces rojas”, como el déficit de su balanza comercial², la retracción de la actividad industrial y una economía basada en el consumo antes que en la producción lo que, en este sentido, la hace dependiente. Sin embargo, el sobreconsumo norteamericano –que succiona gran cantidad de los recursos mundiales– es indispensable para mantener la economía global. A su vez, EE.UU. sigue siendo el centro político del sistema económico mundial, por la gran atracción de capitales que ingresan a sus mercados en busca de una seguridad que –también es necesario señalarlo– tiende a debilitarse.

En términos políticos, el deslizamiento de la democracia norteamericana hacia una oligarquía, controlada crecientemente por el complejo corporativo (militar-industrial-financiero-comunicacional), pervierte y dificulta sus propios mecanismos, como se hizo palpable en la crisis final del gobierno de Bill Clinton y en el dudoso proceso electoral que atribuyó el triunfo a George W. Bush.

Por su parte, en el terreno internacional, EE.UU. ha abandonado el intento de construir una alianza mundial poderosa, capaz de conside-

2 Entre 1990 y 2000 el déficit comercial estadounidense pasó de 100 mil a 450 mil millones de dólares, e involucra su intercambio con países importantes como China, Japón, la Unión Europea en términos globales, Rusia, México e Israel, entre otros. Asimismo, otros indicadores señalan la creciente dependencia de la economía norteamericana (Todd, 2003: 18 y 61).

rar y agrupar otros intereses compatibles con los propios. En cambio, en su afán de control unipolar tiende a relacionarse con todos los países del orbe, incluso con sus antiguos aliados europeos, como súbditos de segunda categoría, lo que dificulta la posibilidad de articularlos política e ideológicamente a su proyecto.

La superioridad militar norteamericana y el uso unilateral de la fuerza a escala planetaria parece ser el ámbito de su mayor ventaja relativa. La exhibición de potencia militar, por ahora sobre países débiles, intenta hacer ostensible su voluntad de dominio planetario y la inexistencia de contrapeso alguno. Sin embargo, esta superioridad militar es, a la vez, absoluta y relativa. Ciertamente, EE.UU. es la mayor potencia nuclear, lo que le da la posibilidad de destruir, si lo desea, a cualquier nación. Pero también es cierto que no ostenta el monopolio del armamento atómico, por lo que puede, a su vez, ser destruido por los otros estados que cuentan con tecnología equivalente aunque en un grado menor, colocándolo en una posición de empate relativo.

En términos más generales, podría decirse que, siendo EE.UU. la nación que impulsó los principios económicos y políticos que dieron lugar a la fase global actual, este mismo proceso “ha afectado profundamente a la estructura interna de la nación dominante, debilitando su economía y deformando su sociedad” (Todd, 2003: 17). Por su parte, en lo internacional se evidencia ante el mundo como una nación costosa, predatoria, agresiva, que amenaza la supervivencia de la especie y de la vida misma. No parecen ser estas las condiciones de una hegemonía ascendente o en consolidación. ¿Por qué, sin embargo, EE.UU. aparece hoy como el gran poder mundial?

En realidad, la gran reorganización hegemónica del capitalismo moderno no es de carácter nacional, aunque utilice a los estados centrales para penetrar el mundo en su conjunto corroyendo parte de las estructuras vigentes y reorganizándolas en torno a los nuevos principios hegemónicos.

Se trata de una nueva fase de *acumulación capitalista* basada en el ya añejo desplazamiento de la actividad productiva por la provisión de *servicios financieros, comerciales, comunicacionales* ahora con la primacía de las grandes corporaciones transnacionales, hegemónicas a su vez por las que operan en el sector financiero.

Las empresas transnacionales son las redes y el *tejido conectivo* –de acuerdo con la expresión de Antonio Negri– de un mercado constituido realmente como único, según la antigua aspiración del capitalismo. Para el funcionamiento eficiente de esta *red corporativa transnacional* se requería una reorganización mundial que rompiera toda clase de barreras geográficas, políticas, e incluso subjetivas. Así como en sus orígenes el capitalismo se centró en la actividad comercial, también ahora el tráfico se ubica en el centro de la vida económica, para

permitir circulaciones de todo tipo de productos y servicios: armas, drogas, personas, niños, órganos, semen; nada escapa a la condición de mercancía-servicio.

La conducción de este proceso, en manos de las redes corporativas transnacionales ha implicado una concentración escandalosa de los recursos, la riqueza, el poder y el conocimiento, que da lugar a una polarización creciente a nivel global, cuya expresión no es estrictamente nacional. Si bien existe una situación de privilegio de las llamadas economías centrales, dentro mismo de ellas crecen los grupos excluidos y marginales periféricos. De la misma manera, las elites de la periferia, y en particular las de América Latina, favorecen la penetración de la red corporativa transnacional asociándose o articulándose con ella, gracias a lo cual se profundizan las diferencias y se acrecienta la polarización, que termina favoreciéndolas y permitiéndoles la creación de microespacios de privilegio semejantes a los de las economías más transnacionalizadas. En América Latina, “entre 1 y 3% del total de la población concentra la mayor parte de la riqueza y el poder” (Saxe Fernández, 1999: 212) de la región, lo que la coloca en estándares y estilos de vida propios del centro, o más bien, de los actuales centros de poder global.

La *privatización de los bienes públicos* ha sido una parte esencial de este proceso, como verdadera “reapropiación privada [...] de lo que es común” (Hardt y Negri, 2002: 279). En realidad, no se trata sólo de un movimiento privatizador sino de un proceso general de reorganización de lo público y lo privado, con fuerte dominio de esta última esfera.

Como parte de estas transformaciones, las *democracias formales* han resultado altamente funcionales para la penetración de las naciones y los estados. Gestionadas por elites políticas que alcanzan el gobierno con cierta legitimidad –a través de manejos de ingeniería electoral y una despolitización creciente–, se asocian y articulan con la red corporativa y sus intereses económicos, formando verdaderas oligarquías, entendidas estas según su acepción más clásica, es decir, como *gobierno de los ricos*. Este proceso ocurre tanto en las naciones centrales como en la periferia y, en el caso de América Latina, guarda extraordinaria semejanza con la dominación oligárquica de fines del siglo XIX y principios del XX, como lo estudia detenidamente Eduardo Saxe Fernández. Así, la elite económica y financiera *penetra* en la jurisdicción y la autoridad del Estado y controla los mecanismos de decisión, gracias a su alianza con las elites políticas, *abriendo* el Estado y la nación y dejándolos indefensos. Todo esto traiciona los principios básicos de la democracia, en particular los de representación y participación. De la misma manera, las relaciones entre las naciones, los organismos internacionales, las corporaciones, el mercado, las comunicaciones se mueven por *mecanismos no democráticos sino fundamentalmente corporativos, es decir*

cerrados: los centros del sistema se cierran, contrariamente al discurso dominante que pregona las virtudes de una apertura sin límites –para las periferias, por supuesto.

Se desarrolla una especie de *esquizofrenia* entre un discurso que reconoce como único principio de legitimación a la democracia, frente a prácticas sociales y políticas que lo desmienten. En realidad, incluso el discurso democrático está lejos de proponer una democracia fuerte y participativa; por el contrario, justifica la *imposición* de *democracias procedimentales*, controladas por las elites y cuyos mecanismos garantizan la *apertura* nacional, que da paso a la depredación por parte de las redes corporativas transnacionales. Al mismo tiempo, su supuesta legitimidad le cierra el paso a otros modelos de *cierre* o *proteccionistas*, inaceptables para la globalización del mercado. *Mientras los centros de poder se cierran, la democracia formal garantiza la apertura de las periferias* (regionales, sociales, étnicas) para su penetración. De ello se encargan las elites políticas que generan, desde dentro mismo del Estado nacional, su debilitamiento y descrédito, así como el de sus instituciones

Así pues, el *aparato del Estado* no es irrelevante en el proceso de su propia corrosión, ni en los países centrales ni en los periféricos. Los estados centrales controlan los organismos comerciales, financieros y políticos que implantan, mediante diversos mecanismos de presión, lineamientos para asegurar la expansión de las grandes corporaciones. Pero, sobre todo, manejan los aparatos represivos internos y las fuerzas militares que les permiten el control global y funcionan como verdaderos garantes de la nueva forma de acumulación, imponiendo o *persuadiendo*. Ciertamente, la influencia económica reconoce un origen político y militar y he aquí el papel de centralidad, de gran poder mundial, del Estado norteamericano.

La *concentración del armamento nuclear* en unos pocos países establece cierto equilibrio de *respetos* mutuos entre ellos, y hace que cualquier desafío a las potencias sea literalmente impensable para las periferias; en este nivel sigue siendo vigente el monopolio ya no del Estado sino de los estados nucleares, o bien las instancias estatales transnacionales articuladas a ellos y dirigidas por EE.UU. como gran potencia nuclear, en el uso de la fuerza militar decisiva de nuestro tiempo. De allí la importancia que reviste en la situación actual la no proliferación de armamento nuclear en regiones o estados que pudieran salir del control centralizado y cuyo desarrollo los colocaría en posición de *paridad relativa*, obligando al centro a establecer tratos más equitativos.

La violencia estatal tiene un papel central en el proceso de reconfiguración y se reorganiza principalmente bajo dos modalidades: a) la guerra antiterrorista que incluye la persistencia del modelo concentracionario, aunque bajo una modalidad limitada por el momento; y b) la extensión del sistema carcelario y las nuevas prisiones de alta seguridad.

Con respecto a *la guerra antiterrorista* es importante detenernos un momento en el concepto mismo y en su aplicación. El terrorismo comprende el uso de la violencia indiscriminada, por su intensidad y por sus medios, ejercida principalmente sobre población civil con el objeto de controlarla a través del terror. Como es evidente, el terrorismo más frecuente y feroz, tanto del mundo bipolar como del global, no es otro que el terrorismo de Estado. Sin embargo, son precisamente los estados y en particular el más agresivo de ellos, EE.UU., los que declaran la guerra contra el terrorismo.

Hay una cierta indefinición del término *terrorismo* que permite asimilar a esta categoría cualquier resistencia armada, con la evidente finalidad de proteger el monopolio del Estado en el ejercicio de la fuerza. Además de la falsedad de esta asociación, la *laxitud* del término permite acomodar en él fenómenos muy diferentes, como: a) el terrorismo global desplegado por los estados en sus guerras *preventivas*, cuyas víctimas principales son civiles y cuyo objeto es el control planetario por medio del miedo; b) el terrorismo igualmente global de grandes redes, como Al Qaeda, oscuramente vinculadas por sus orígenes y por sus intereses con grupos de poder de las grandes potencias y las redes corporativas; c) las acciones terroristas de grupos nacionales, que son indiscriminadas pero solamente sobre la población del país que consideran ocupante, y cuyas aspiraciones no son de orden global; por su parte, estos grupos suelen enfrentarse al terrorismo de los estados ocupantes como es el caso de Israel contra los grupos palestinos o de Rusia contra los chechenos; y d) las acciones de grupos armados que no operan contra población civil, no hacen un uso indiscriminado de la violencia ni tampoco intentan controlar a la población por el miedo pero que, sin recurrir a ninguna de las prácticas terroristas son tachados de tales por el solo hecho de utilizar la violencia como parte de su práctica política. Esta asimilación de violencia y terrorismo no es más que una manera de desautorizar cualquier forma de uso de la fuerza que no provenga del Estado o sus *asociados*.

A su vez, la definición de *peligrosidad extrema* del terrorista es la justificación para un tratamiento *preventivo* al margen de cualquier protección legal. Así, un terrorista no es aquel que cometió un acto más o menos tipificable en esa dirección, sino cualquiera a quien se considere potencialmente capaz de cometerlo. El *terrorista* se construye como una categoría difusa, en la que puede incluirse a muchos Otros étnicos, políticos, raciales; en este sentido, se podría decir que encarna al Otro en el mundo global.

Expresiones muy distintas de la violencia –política, social, étnica, religiosa, mafiosa–, se agregan bajo la categoría de terrorismo y, en consecuencia, se asimilan a un patrón delincencial, como forma de garantizar una represión ilimitada de los mismos. Así pues, la construcción de

esta figura favorece la suspensión de la legalidad y el estado de derecho a nivel global propiciando y legitimando la detención ilegal de miles de *sospechosos*. Pero además, y sobre todo, al presentarse al terrorismo como *el* peligro de nuestro tiempo e incluirlo como prioridad de la agenda internacional, opera como elemento justificatorio de una guerra permanente, necesaria para la política de penetración global. Al mismo tiempo, la lucha antiterrorista permite la diseminación del terror estatal y crea un ambiente de miedo generalizado en los centros y en las periferias que, como todo terror, actúa paralizando y anonadando.

Si la construcción del fenómeno terrorista permite las políticas de guerra permanente y operar sobre la disidencia por fuera de cualquier dispositivo legal, las categorías de delito, delincuente y la creciente obsesión por la seguridad –que conjuga la lucha contra el terrorismo y la lucha contra la *delincuencia organizada*– permiten el encierro de amplios sectores sociales de difícil integración al actual modelo económico y social.

El hecho se hace evidente por la extensión del fenómeno de aislamiento de una población cada vez mayor en las *instituciones carcelarias*. El crecimiento del sistema penitenciario es un fenómeno generalizado que alcanza los niveles más altos en EE.UU., pero que se presenta también en otros países centrales, como Francia, o bien periféricos, como los latinoamericanos. Sucede que es más costoso un delincuente libre que en prisión, pero además, un delincuente libre, si es un pobre, no produce ganancias mientras que internado en una cárcel privatizada, bajo la modalidad de una empresa moderna, es la *materia prima* que permite su funcionamiento y genera ganancias.

El despliegue de esta violencia estatal gigantesca, a través de la guerra a nivel planetario y de grandes aparatos de encierro hacia dentro de las naciones, es fundamental para asegurar la penetración global e intentar la desarticulación de toda forma de organización o identidad resistente. Se trata del uso del terror, la fragmentación y la parálisis –viejos instrumentos de los poderes totales– para imponer un poder corporativo, privado, fragmentador y diferenciador, cuya homogeneización reside en la reducción de la vida al consumo. Siendo radicalmente distinta, la reorganización global de la violencia estatal tiene resonancias atronadoras con los autoritarismos y los totalitarismos previos.

El *Estado latinoamericano* se ha disciplinado aceptando el control de su territorio y entrando en la lógica de las políticas de seguridad global y nacional que se le imponen, tan uniformemente como las económicas. A la vez que garantiza las operaciones de las corporaciones transnacionales, en muchos casos tiende a desbaratar la nacionalidad, las instituciones públicas y a desmantelarse a sí mismo como instancia autónoma. Podría decirse que, en un movimiento *perverso*, el Estado y la burocracia se autodestruyen, ya que tienden a minar su propio

poder al favorecer la expansión de las redes transnacionales que los corroen. Todo ello ha implicado un altísimo costo social que está ampliamente documentado.

En este contexto, *la corrupción* no puede entenderse como una disfuncionalidad sino que es inherente al modelo. Por una parte se liga con la inestabilidad o descomposición de una hegemonía para la rearticulación de otra. Pero también se vincula con la proliferación de la criminalidad y las mafias, perfectamente funcionales a la globalización del mercado ya que lo expanden incluso a las áreas *prohibidas*, como el tráfico de drogas, de personas, de órganos. Además, son parte de las redes de expansión del miedo social, con miras a lograr la desconfianza, el abandono de los espacios públicos y el encierro de las personas y de la sociedad misma en los espacios seguros y privados, incentivando así la parálisis colectiva. Como si fuera poco, permiten el crecimiento de los cuerpos policíacos que aseguran el control social y realimentan a las mafias. Por fin, la creciente criminalidad y el *amafiamiento* de la economía y la política son funcionales porque corrompen las sociedades y sus estados, permiten su penetración y hacen de los políticos y los empresarios, cómplices y socios menores de los centrales. En este sentido, la “corrupción es piedra angular de la dominación” (Hardt y Negri, 2002: 353), como instrumento de penetración y desarticulación del mercado, la política, la comunicación y los sujetos.

En este marco, las comunicaciones juegan un papel esencial. El comercio, la industria, la circulación de capitales, el poderío militar y la legitimidad política se fincan, cada vez más, en el trabajo inmaterial y en las comunicaciones. La nueva organización del poder, en el sentido de la producción y reproducción material y subjetiva, remite a un *poder comunicacional*.

Lo comunicacional estructura a tal punto los procesos que la *red* se convierte en modelo de organización universal, tanto del poder –concebido como red que atrapa o rizoma que se expande– como de las resistencias, incapaces de salirse, fugar del esquema de la red y romperla.

La dominación se ejerce a través de redes comunicativas que penetran en todos los ámbitos: el productivo, el represivo, el educativo, el recreativo. De hecho, no hay lugar al que estas no lleguen, precisamente porque no están sujetas a un territorio y porque, a su vez, favorecen los procesos de desterritorialización y globalización en curso. Pero no se trata en verdad de comunicación, sino de un proceso principalmente unidireccional, más ligado con la forma: información, formación de opinión y formateo del sujeto. Se estructura desde puntos concentrados de emisión, buscando una *penetración* comunicativa multidireccional; como el poder mismo, está *cerrado en su centro* y permanece *abierto en la periferia receptiva*. Esta *comunicación* no deja espacio vacío, ni silencio; llena de ruido para poder simultáneamente *extraer y vaciar*. Para

succionar toda vida y toda potencia, rellena con sus productos hasta las terminaciones capilares del sistema.

El poder comunicacional es parte sustantiva de la nueva organización hegemónica. Si toda hegemonía comprende coerción y consenso, lo comunicativo, sin ser ajeno a lo coercitivo e incluso apoyándolo –como en los nuevos sistemas carcelarios–, corresponde principalmente a la dimensión consensual del poder; a la penetración del sujeto para lograr la legitimación o la anuencia. Esta acción se logra por una concentración que tiende a ser monopólica y que actúa como extensión de la red corporativa (de la que forma parte) y de los aparatos estatales centrales. Así como las comunicaciones se organizan en corporaciones que tienden al monopolio, otro tanto ocurre con las armas de destrucción masiva (como ya se señaló), la tecnología, los recursos naturales y los flujos financieros, como lo adelantó Samir Amin desde hace años.

Por último, si todo poder moderno, desde la construcción de las soberanías estatales, se pretendió dueño de la vida y la muerte, hoy esta dimensión alcanza su máxima expresión. Nunca como en el presente, dado el desarrollo de la tecnología nuclear, el Estado tuvo la posibilidad de acabar masiva y selectivamente con la vida humana, o bien de arrastrarla a una posible extinción. Otro tanto ocurre con la posibilidad de un desastre ecosocial de dimensiones fatales. Pero la *capacidad de dar vida*, mucho más ilusoria hasta ahora, parece realizarse hoy en las máquinas hacedoras de materias primas, de naturaleza. Procesos técnicos como la clonación o la creación de transgénicos remiten directamente al control y la creación de vida biológica, así como lo comunicacional *crea* vida política, social y simbólica. Todos ellos, a su vez, así como *dan vida*, administran inseparablemente la muerte por cáncer, degradación del medio, exceso de óvulos fecundados, aislamiento y ruptura del vínculo social. Pero lo decisivo es que tanto la capacidad letal como la vital se sujetan a la lógica del mercado global; *la totalidad del mundo en el que las fronteras entre la naturaleza, el ser humano y la máquina se desdibujan, pasa a ser parte del capital*, y su lógica de competencia, reproducción, ganancia, exclusión y concentración crecientes.

No se puede señalar un lugar fijo del poder en la actual reconfiguración hegemónica. Más que de una desterritorialización en sentido estricto, se puede hablar de *distintos focos de poder*, que organizan en torno suyo círculos concéntricos múltiples, que no corresponden en sentido estricto a las fronteras nacionales. Dentro de cada nación, sea cual sea, se encuentran desde los que pertenecen a la esfera de mayor concentración hasta los que ocupan una posición más marginal, y ciertamente se pueden identificar, a nivel global, distintos *centros* conectados y reticulados entre sí.

En realidad ocurre una *articulación de lo internacional, lo nacional y lo local* formando redes o centros de poder de *penetración*

unidireccional. Se podría decir que el mecanismo predominante consiste en abrir, penetrar, desarticular, vaciar en una sola dirección: del centro a la periferia. Se trata de un proceso de *vaciamiento sistemático* de las riquezas naturales, la infraestructura, el potencial humano, la política, el sentido y la vida misma, que requiere de la apertura en la periferia y el cierre del centro. Por su parte, la resistencia, que opera también por aperturas y cierres, lo hace en los sentidos opuestos. De allí que toda forma de cierre de la periferia sea desautorizada de inmediato por el centro.

El discurso de la sociedad global reivindica siempre esta apertura unidireccional. Supuestamente, contra las *oposiciones binarias* de la modernidad, el discurso actual se abre a la diferencia, la circulación, la fluidez y la hibridación pero sólo en la medida en que facilita la penetración de las periferias por el centro. Simultáneamente, y como si no hubiera contradicción alguna, se verifican las prácticas de cierre, control de los flujos y preservación de la pureza en los centros (geopolítico, social, económico), replicando la doble lógica del mercado: apertura y competencia en coexistencia y tensión con el cierre y el monopolio con que opera el capital global.

La hegemonía global corresponde a un *patrón multicéntrico*, pero no por ello menos concentrado ni excluyente. De hecho, *la concentración se incrementa* y, bajo la modalidad de la red, expande su alcance y su penetración. *Desplaza la importancia del Estado y lo público* como referentes de la lucha política, privatizando todos estos espacios, es decir haciéndolos dóciles a intereses particulares, opacos e inaccesibles. Como consecuencia, *enfatisa y exalta los aspectos privados de la vida*, presentándolos al *público* como foco central de interés. *No se estructura en campos enfrentados sino en redes flexibles* que proliferan y penetran espacios antes separados. *Se organiza corporativamente*, lo que implica la toma de decisión por organismos cerrados y jerárquicos, a la vez que reivindica la apertura de la periferia para la penetración de las redes globales. Así *los mecanismos de apertura y cierre operan a la manera de los sistemas autopoieticos* descritos por Luhmann, siempre desde las necesidades del sistema y no del entorno. Promueve *democracias formales* y una organización política *tolerante*, con rechazo de toda forma de violencia no estatal. Por el contrario, promueve la *tolerancia cero* y el uso de toda la fuerza del Estado para las conductas ilegales que, por regla general, se criminalizan. La gestión democrática, así como las demás funciones de producción y reproducción hegemónicas, se fincan en la *organización y vigilancia de la comunicación social mediante redes informativas corporativas*. El discurso que predomina es, por lo tanto, el de apertura, tolerancia, flexibilidad, comunicabilidad, pluralidad, cosmopolitismo que tan bien nos *suenan* porque aparece como contraparte del pensamiento binario, pero en el que se *contrabandea* una reorganización

hegemónica que, en verdad, no es más abierta, más comunicativa ni más plural. Por el contrario, sus componentes violentos, excluyentes, fragmentadores parecen señalar la profundización de los rasgos más autoritarios de una modernidad, en que lo global sería a la vez traición y síntesis, perversión y consumación, ruptura y reapertura de lo moderno.

MEMORIAS

Toda reorganización hegemónica pretende instaurar un corte radical con aquella que la precedió pero, en realidad, los procesos históricos y sociales no operan de esta manera sino que permanentemente inauguran lo novedoso a la vez que establecen nexos y continuidades con lo ya vivido. La memoria opera como puente que, articulando dos orillas diferentes, sin embargo las conecta. Al hacerlo nos permite, como acto central, recordar aquello que se *borra* del pasado, o bien se confina en él, precisamente por sus incómodas resonancias con el presente.

Las sociedades guardan *memoria* de lo que ha acontecido, de distintas maneras. Puede haber memorias acalladas y que sin embargo permanecen e irrumpen de maneras imprevisibles, indirectas. Pero también hay actos abiertos de memoria como ejercicio intencional, buscado, que se orienta por el deseo básico de comprensión, o bien por un ansia de justicia; se trata, en estos casos de una decisión consciente de no olvidar, como demanda ética y como resistencia a los relatos *cómodos*. En este sentido, *la memoria es sobre todo acto*, ejercicio, práctica colectiva, que se conecta casi invariablemente con la escritura.

Sin embargo, puede haber muchas formas de entender la memoria y de practicarla, que están a su vez vinculadas con los usos políticos que se le dan a la misma porque, ciertamente, *no existen las memorias neutrales* sino formas diferentes de articular lo vivido con el presente. Y es en esta articulación precisa, y no en una u otra lectura del pasado, que reside la *carga* política que se le asigna a la memoria.

Sería conveniente partir de una primera *distinción entre el relato histórico y la memoria*. La diferencia entre uno y otra no es tajante ni reside en la supuesta *objetividad* de la historia, siempre imposible. Sin embargo, esta tiene la necesidad de construir a partir de documentos y fuentes una versión que, aunque recoja distintas voces es, finalmente, una construcción cuya estructura y cuya lógica son únicas y corresponden al historiador en su diálogo con los hechos y con los procesos que estudia. En este sentido, ya sea como historia del poder o de la resistencia procede principalmente bajo la modalidad del archivo.

La memoria, en cambio, parte de la experiencia, de lo vivido, de la marca inscripta de manera directa sobre el cuerpo individual o colectivo. Sin embargo, en lugar de quedar *fijada* en la marca, la cualidad de la memoria reside en que es capaz de trascenderla, de asignarle uno o

varios sentidos para hacer así de una experiencia única e intransferible algo transmisible, comunicable, que se puede compartir y *pasar*.

Por partir de la experiencia directa, *la memoria es múltiple* como lo son las vivencias mismas. Por ello, parece más adecuado hablar de las memorias, en plural, que de una memoria única. La multiplicidad de experiencias da lugar a muchos *relatos distintos, contradictorios, ambivalentes* que el ejercicio de memoria no trata de estructurar, ordenar ni desbrozar para hacerlos homogéneos o congruentes. Por el contrario, su riqueza reside en permitir que conviva lo contrapuesto para dejar que emerja la complejidad de los fenómenos, pero también para abrir paso a diferentes relatos. De esta forma, la memoria no arma como un rompecabezas, en donde cada pieza entra en un único lugar, para construir siempre la misma imagen; sino que opera a la manera de un *lego*, dando la posibilidad de colocar las mismas piezas en distintas posiciones, para armar con ellas no una misma figura sino representaciones diferentes cada vez. Es por ello que, en esta clase de construcción, no puede haber un relato único ni mucho menos *dueños* de la memoria.

Además de la diversidad de las historias, de acuerdo con las diferentes experiencias, también existe una reconstrucción de las mismas a lo largo del tiempo, de manera que la memoria de un mismo acontecimiento difiere según los momentos en que se lo recuerda. Se podría decir que consiste en un mecanismo de hacer y deshacer permanentemente el relato, una especie de *actividad virósica* que corrompe, carcome, reorganiza una y otra vez los archivos. Esta cualidad no se puede entender como una *falla* de la memoria ni como una falta de fidelidad de la misma, sino como algo inherente a ella. Pero entonces, ¿en qué consistiría la fidelidad de la memoria?

En realidad, la memoria no es un acto que arranca del pasado sino que se dispara *desde el presente*, lanzándose hacia el pasado. En palabras de Walter Benjamin, se trata de “adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (Benjamin, 1994: 178). En efecto, son los peligros del presente los que convocan a la memoria, en tanto una forma de *traer* el pasado como relámpago, como iluminación fugaz al instante del peligro actual. Pero las urgencias del presente convocan a evocar el pasado como una forma, a su vez, de abrir el futuro, el proyecto, lo por-venir. En este sentido, la fidelidad de la memoria no reside jamás en la reproducción idéntica de una misma historia, como se supone que alguna vez fue, porque la repetición constante *seca* el relato quitándole vida, a la vez que *seca* los oídos que lo escuchan obstruyendo el *pasaje*; en suma, es inadecuada. La transmisión reiterativa, punto por punto, una y otra vez, sólo es apropiada para aquello que se tiene que repetir –como las técnicas y los rituales–, pero no para aquello que es materia de aprendizaje por medio de la experiencia. Para *abrir* el pasado, y con él, el presente y el futuro, hay que hacerlo encontrando

las *coordenadas de sentido* de ese pasado y, al mismo tiempo, los sentidos que el mismo adquiere a la luz de las necesidades del presente.

La fidelidad de la memoria reclama, pues, un doble movimiento: recuperar los sentidos que el pasado tuvo para sus protagonistas y, al mismo tiempo, descubrir los sentidos que esa memoria puede tener para el presente. Se trata, por lo tanto, de *una conexión de sentidos* que permita reconocer y vincular los procesos como tales, con sus continuidades y sus rupturas, antes que la rememoración de *acontecimientos*, entendidos como sucesos extraordinarios y aislados.

En este sentido, la memoria es un gozne que articula pasado, presente y futuro, pero no necesariamente constituye una práctica resistente. En realidad, según cómo se acople la memoria del pasado a los desafíos del presente, se estará construyendo un relato que *puede ser resistente o funcional al poder*.

Si toda memoria tiene la doble dificultad de reconocer los sentidos del pasado para conectarlos con los del presente, en el caso que nos ocupa –el tránsito del modelo bipolar al global–, la dificultad se multiplica, precisamente porque lo que marca la diferencia entre uno y otro es una reconfiguración hegemónica que implica, como se señaló al principio, una reorganización económica, social, política, pero también una reorganización de los sistemas de valores y de lo que podríamos llamar las *constelaciones de sentido*. Un momento y el otro tienen distintas lógicas y construcciones de sentido.

La *organización bipolar* reivindicaba lo estatal, lo público y lo político como posibles principios de universalidad. Admitía la lucha, la confrontación y la revolución, como formas válidas de la práctica política. Guardaba las fronteras –nacionales, ideológicas, de género– como principio de convivencia. Tendía a pensar la realidad según esquemas binarios –explotados y explotadores, justo e injusto, correcto e incorrecto. Reivindicaba la disciplina, la razón y el esfuerzo como virtudes deseables en los individuos. Por supuesto, estos rasgos convivían con sus contrarios y con toda la gama de matices que jamás se pueden expulsar de la realidad, pero se podría decir que, tendencialmente, organizaban la visión del mundo predominante y aceptada por el *sentido común* de la época.

La *reorganización global* a la que asistimos ha construido una constelación del todo diferente, basada en la valorización de la sociedad civil y lo privado, por oposición al Estado y al sistema político. Reivindica la concertación y condena toda forma de violencia abierta. Tiende a la ruptura o desdibujamiento de las fronteras geográficas, étnicas, religiosas, de género. Exalta las diversidades y la organización de tipo reticular. Los sujetos reivindican la personalización, la individualización, el sentimiento y el disfrute. Estos valores, que esconden un potencial autoritario tan poderoso como los anteriores –aunque se exprese de

manera diferente-, se presentan prácticamente como incuestionables en el mundo actual, precisamente porque son parte de la reconfiguración de los imaginarios y los sujetos. Como en el caso anterior, no impiden la aparición de sus contrarios pero, por lo regular, los *expulsan* de la representación y del discurso.

Aunque en principio tan distantes, el modelo bipolar y el global guardan relaciones significativas entre sí. Las lógicas de la red comunicativa, la democracia, la apertura y la tolerancia parecen ubicar el mundo actual en las antípodas del mundo bipolar, pero sin embargo existen conexiones subterráneas entre ambos; permanecen marcas y memorias en las estructuras de poder y en las sociedades que *actualizan* los antiguos rasgos autoritarios e incluso totales.

Hoy también se trata de establecer un dominio que abarque *la totalidad espacial, sin límites*, creando un poder *mundial supranacional*. Se intenta la “construcción de un nuevo orden que abarca todo lo considerado por él como civilización, un espacio universal, ilimitado [que] presenta su orden como permanente, eterno y necesario” (Hardt y Negri, 2002: 27), a la vez que “se hunde en las profundidades de las conciencias y los cuerpos, que penetra en la totalidad de las relaciones sociales” (Hardt y Negri, 2002: 27 y 39). El poder global tiene el deseo *de lo ilimitado, como posibilidad de totalización*, afín con lo totalitario, y en todo opuesta a la idea de infinito, que da cuenta de lo inconmensurable.

Asimismo, en el terreno internacional, tras la bandera de la lucha antiterrorista, se crea un *Estado de excepción permanente*, en que la insuficiencia del derecho se suple con el despliegue de la fuerza policial y militar.

A nivel de las naciones se promueve la *evaporación de la esfera pública, la despolitización de la sociedad* y se tiende a la fragmentación y destrucción de toda forma de organización colectiva.

Se mantienen algunas expresiones de lo binario, como *la normalización de las formas más radicales de exclusión y exterminio* de la población considerada *sobrante* para el modelo. Esto ocurre por medio de la guerra, las enfermedades y el hambre, aunque bajo nuevas modalidades y con otras representaciones.

Los procesos económicos, políticos, militares potencian la *destructividad* del sistema que se despliega contra la naturaleza, la sociedad y el ser humano, alimentando el mecanismo del miedo. Se genera una *sociedad atemorizada*, en la que *el miedo* es el mecanismo primario, difundido y ampliado por el aparato comunicacional bajo distintas caras: como temor al desempleo, al delincuente, al terrorista encubierto en el vecino, a la bomba y a la guerra.

Existiendo estas conexiones, sin embargo, el mundo de hace veinte o treinta años nos parece extraordinariamente distante. En efec-

to, las *transformaciones hegemónicas* han cambiado las relaciones de poder y con ellas, como ya se señaló, las representaciones que nos hacemos del mundo. Es por eso que he tratado de esbozar, en la primera parte de este trabajo, las diferencias entre un modelo y otro. Tratar de mirar los procesos de América Latina de los años setenta y ochenta, así como a sus protagonistas, atravesados entonces por una lógica bipolar, guerrera y confrontativa –que era parte de la organización de la hegemonía vigente– con los actuales lentes *democráticos, plurales, abiertos* no sólo es imposible sino que comporta una extraordinaria distorsión de sentido. Es como salirse del universo que se pretende explicar para observarlo con parámetros extraños a él, que hacen incomprendible la práctica de los actores involucrados. Esto incrementa *la ajenidad que se verifica en muchos de los actos de memoria*, y la sensación de *locura*, de pérdida de sentido –o del sentido– al tratar de comprender; con los referentes de sentido actuales –carentes por otra parte de un ejercicio de deconstrucción y crítica– prácticas sociales y políticas que se estructuraron con base en otros principios, acordes a una construcción hegemónica diferente.

Por ello es importante *señalar las conexiones como conexiones de sentido, pero siempre en el contexto de constelaciones diferentes*. En caso contrario resulta imposible conectar pasado y presente para su mutua *iluminación*. Se hace de este o bien una réplica deformada y caricaturesca del pasado, que impide reconocer sus peculiaridades, o bien se trata de analizar el pasado a la luz de las categorías del presente, con prescindencia del sentido que tuvo para los protagonistas de entonces. En ambos casos, el supuesto ejercicio de la memoria termina por traicionarla.

Esto *no supone renunciar a la crítica del pasado ni del presente*. Por el contrario, es necesario historizar los procesos y recuperar las memorias, comprenderlos en sus conexiones y sentidos más profundos a la luz de las urgencias del presente, para pasar, efectivamente, *a otra cosa*. *Comprender pasado y presente desde su propio sentido y desde allí rastrear las mutaciones y las réplicas* porque los antiguos peligros resuenan en los del presente como semejanza pero también como diferencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor et al. 1950 *The authoritarian personality* (New York: Harper & Brothers).
- Arendt, Hannah 1981 (1951) *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Alianza).
- Bauman, Zygmunt 1999 (1998) *La globalización, consecuencias humanas* (Buenos Aires: FCE).
- Benjamin, Walter 1994 *Discursos interrumpidos* (Buenos Aires: Planeta).

- Bobbio, Norberto 1981 *Diccionario de política* (México DF: Siglo XXI).
- Calloni, Stella 2001 (1999) *Operación Cóndor* (México DF: La Jornada).
- Calveiro, Pilar 2002 *Desapariciones, memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos* (México DF: Taurus).
- Di Tella, Torcuato 2001 *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas* (Buenos Aires: EMECÉ).
- Dussel, Enrique 2001 “Modernidad, globalidad, exclusión”, mimeo.
- Foucault, Michel 1980 (1973) *Vigilar y castigar* (México DF: Siglo XXI).
- Gramsci, Antonio 1975 *Notas sobre Maquiavelo* (México DF: Juan Pablos Editor).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Hobbes, Thomas 1992 (1940) *El Leviatán* (México DF: FCE).
- Hobsbawm, Eric 2001 (1995) *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Löwy, Michael 2003 “La dialéctica de la civilización: figuras de la barbarie moderna en el siglo XX” en *Metapolítica* (México: CEPACOM) N° 28, marzo-abril.
- Reyes Mate, Manuel y Mayorga, Juan Antonio 2002 “Los anunciadores del fuego: Franz Rosenzweig, Walter Benjamin y Franz Kafka” en Cohen, Esther y Martínez de la Escalera, Ana María (coords.) *Lecciones de extranjería. Una mirada a la diferencia* (México: Siglo XXI).
- Saxe Fernández, Eduardo 1999 *La nueva oligarquía latinoamericana* (San José de Costa Rica: EUNA).
- Todd, Emmanuel 2003 (2002) *Después del Imperio* (Madrid: Gallimard).
- Traverso, Enzo 2003 *Conferencia* (México: UNAM).

Este libro se terminó de imprimir en el
taller de Gráficas y Servicios SRL
Santa María del Buen Aire 347
en el mes de julio de 2006
Primera impresión, 2.000 ejemplares

Impreso en Argentina